

NIÑOS DE LA GUERRA

Jesús Gutiérrez Pérez

¿Cómo se me ocurre ahora hablar de los “niños de la guerra”?

¿A mí, que me sorprendió la guerra en La Rioja, en casa de mis abuelos, con cinco años recién cumplidos, y que lo único que vi de ella fue, a mi vuelta a Rentería, los cráteres que habían dejado en las laderas de San Marcos las bombas de aviación y los obuses del “Almirante Cervera”?

¿Cómo, entonces, tengo el atrevimiento de hablar de este tema?

¿Si será porque este año hace 55 que la guerra terminó?

¿O porque acabo de ver en la ETB a Martín de Ugalde contando sus recuerdos de “niño de la guerra”?

Yo los recuerdo cuando volvían de las colonias.

Por ejemplo, en mi barrio, dos ya difuntos: Luisito Tolarechipi y Jesús Mari Olascoaga. Este último vino hablando francés, olvidado completamente del castellano.

En la escuela, José Gómez, “el inglés”, que nos apareció vestido con unos pantalones “briches” y una gorra de visera, nuevo Sherlock Holmes.

Y en el trabajo, Angel Santamarta, que hizo gestiones infructuosas para localizar a la familia que lo recogió.

Comentando estos temas con Carlos Asensio, otro “niño de la guerra” me espetó:

- ¿Por qué no hablas con Agustín Alfaro?

- ¿Hermano de Eusebio, compañero mío de la escuela?

- Sí. Estuvo refugiado en Bélgica y todavía mantiene contacto con los descendientes de la familia que lo recogió.

Agustín tenía 12 años cuando empezó la guerra y fue con su familia, como tantos otros, a refugiarse a Bilbao. Recuerda haber estado en los Campos Eliseos. Allí les coincidió el bombardeo de Guernica y Durango, y veían pasar camiones cargados de muertos y heridos.

Cada vez había más presión de refugiados.

Les trasladaron a Laredo.

Su madre les tenía apuntados para Francia, para sustraerles de la guerra a su hermano José y a él. Eusebio era muy pequeño todavía. Y un día cayó en sus manos un periódico con listas de los que debían embarcar, y allí aparecían ellos. Buque, el “Habana”. Lugar, Santurce. Día, ese mismo, a la tarde.

Vuelta de Laredo a Bilbao. En Bilbao, al tranvía de Santurce. Yendo ya en el tranvía, cerca de un túnel, sonó la alarma. Hubo un ataque de la aviación enemiga. El tranvía se refugió en el túnel hasta que paró el bombardeo.

Llegaron al atardecer a Santurce.

Allí se encontraron con varios renterianos. Eran amigos de la escuela, del “Gali”. (Entonces eran muy nombrados “el Cherrí” y “el Gali”). Entre ellos los hermanos Gómez, uno de los cuales llegó a ser famoso jugador del Torpedo de Moscú.

Fue una alegría para unos y otros. Ya no era problema la soledad.

Zarpó el “Habana” escoltado por varios destructores ingleses.

Hubo un momento de peligro cuando les salió al paso un buque de guerra nacional. Oyeron comentar que se trataba del “Almirante Cervera”. Sin embargo, los destructores ingleses se pusieron a la defensiva y el “Almirante Cervera” se retiró.

De los embarcados en el “Habana”, una mitad iba a Francia y la otra a Rusia. De estos últimos eran los amigos de la escuela del “Gali” y les animaban a los hermanos Alfaro a que les acompañasen. Estaban prácticamente decididos a seguirles cuando en Burdeos, que fue la primera escala, vieron que los bajaban, entraban en un pabellón y salían de allí con un pan debajo del brazo y una lata de conservas en la mano. Eso les decidió y desembarcaron.

Allí estuvieron tres o cuatro días, alojados en una fábrica de sedas abandonada y atendidos por señoritas y sacerdotes.

Por aquellos días cayó Bilbao.

De allí les llevaron en un tren especial hacia el interior, hasta la frontera de Bélgica. Luego, en autobuses de 30 o 40 niños cada



uno, a Malinas, donde les hicieron un gran recibimiento, presidido por las autoridades. Recuerda que estaba el cardenal Van Roy.

En la siguiente etapa les fueron repartiendo por diversos pueblos.

A los hermanos Alfaro les llevaron a Herenthals, un pueblo a poco más de 20 kilómetros de Amberes.

A Agustín se le amontonan los recuerdos y las fotografías. Me enseña muchas del pueblo. Una calle. Otra calle. Una esclusa. Escojo una de una calle recta donde las bicicletas aparcadas dan el contrapunto de la tranquilidad. Por cierto, este pueblo es la patria chica del ciclista Van Loy.

Allí también les hicieron la consabida recepción. Luego acudieron las familias que querían acoger a refugiados. Daban sus nombres y demás datos, y les entregaban un niño.

Cuando estaba una señora dando sus datos para llevarse a Agustín, apareció otra, una mujerona de armas tomar, le cogió de una mano y se lo llevó sin más.

En la fotografía que he seleccionado se la ve sentada, flamencota (nunca mejor empleada la palabra) y se la adivina capaz de eso y de mucho más. Está con su esposo e hijos. Por lo visto, necesitaba un chico que le hiciese los recados. Vio a Agustín, le gustó, lo cogió y se lo llevó. Como César: "Veni, vidi, vinci".

A su hermano José lo recogieron tres hermanas solteras. Dos eran maestras y la tercera regentaba un comercio. Ya no vive ninguna.

La señora que recogió a Agustín se llamaba Irma. Tenía una carnicería y a la vez fabricaba sopa, que repartía, embotellada, por las casas. El marido trabajaba en una zapatería y en casa tenía también su taller. Tenía un hijo poco mayor que Agustín y una hija recién casada. Tanto la hija como el marido de ésta trabajaban en la talla de diamantes.

Y aquí empezó su vida de "niño de la guerra".

Con una especie de triciclo que llevaba delante un gran cajón, a repartir por el pueblo los productos de la carnicería y la consabida sopa embotellada que los viernes era siempre de pescado. Lo de la abstinencia se llevaba con el máximo rigor.

En el reparto con el triciclo le ayudaba un perro que tiraba del artilugio y hacía más llevadero el pedaleo. Cuando paraba el triciclo, el perro se tumbaba en el suelo a descansar, sobre los charcos de agua o sobre la nieve, ya que el clima era extremado. Las leyes de protección a animales obligaban, sin embargo, a que se llevase algo, un saco por ejemplo, para que el perro pudiese tumbarse sobre él. Lo cual era una incomodidad.

¡Cuántas veces le paraban los motoristas y le ponían multa por no

llevar nada para el perro!. Pero a la hora de pagar, la buena flamenca alegaba que se trataba de un extranjero, y se libraba del pago.

Tuvo también problemas con el comité de refugiados, que le exigía fuese a la escuela. La flamenca alegaba que no podía prescindir de él. Al fin le dejaron escoger a él. Escogió trabajar.

A veces ayudaba al marido de Irma a reparar zapatos. Y así, aprendió a echar medias-suelas y demás secretos del oficio.

También era aficionado el zapatero a la caza de malvices con reclamo, en tiempos de pasa. Agustín le ayudaba a tender las redes, pero no tenía fuerza suficiente para cerrarlas cuando el bando se había abatido sobre el reclamo.

Agustín era feliz. Hablaba el flamenco con soltura, tanto que le decían que sólo el pelo negro hacía sospechar que fuese extranjero. (Posteriormente en San Sebastián ha tenido ocasión de servir de intérprete a grupos folklóricos flamencos que han venido a festivales).

Aquella buena señora llegó a quererle como a hijo propio (incluso más que al propio, añade Agustín, ya que él era el hijo dócil y trabajador) y Agustín llegó a quererla como a su propia madre.

Mientras tanto, en su casa de Rentería el padre estaba sin trabajo. Por eso deseaban que sus hijos estuviesen en Bélgica el mayor tiempo posible. Pero las autoridades españolas les urgían para que los reclamasen. Y ante la excusa puesta por ellos de que no sabían dónde estaban (cosa que no era verdad) les presentaron un día una carta en castellano de un cura de Herenthals en que se decía que las familias no podían tenerles más tiempo, que les resultaban muy gravosos y que les reclamasen cuanto antes.

Les reclamaron. Era el otoño-invierno del 39. Habían pasado en Bélgica dos años y medio.

Nadie se explicó nunca lo de aquella carta. Nada más lejos de la verdad.

Hacia 1950 vino Irma a Lourdes con una amiga y se acercó hasta Rentería. Y entonces empezaron las visitas mutuas. Agustín y su esposa han estado también varias veces en Herenthals, además de cartearse con cierta frecuencia.

Falleció Irma, pero siguieron viniendo la hija y el yerno. Segunda generación.

Falleció también la hija. Han seguido viniendo sus hijos. Tercera generación.

Los hijos han tenido hijos a su vez, y les han traído a Rentería. Cuarta generación.

Y, como los de la cuarta generación tienen ya 25 años, Agustín espera todavía conocer la quinta generación, los tataranietos de Irma, aquella mujerona que le tomó de la mano, le sacó de la fila y le dio su corazón de madre...

